

## Enseñanza de la historia e ideales de la Sociedad de las Naciones en las escuelas de Francia

## Haciendo recuerdos del Dr. Michaud

SOCIÉTÉ DES NATIONS

JULIÁN NOGUEIRA, de la Sección de Información de la Sociedad de las Naciones, tiene el honor de saludar a Ud. muy atentamente y de remitirle con estas líneas una traducción del texto de la circular que el Sr. Henry de Jouvenel, Ministro de Instrucción Pública de Francia, ha dirigido recientemente a los Rectores de las Universidades de su país y en la cual se refiere a la alta conveniencia de que se incluya en la enseñanza pública la historia y los ideales de la Sociedad de las Naciones, con el fin de preparar en la conciencia colectiva y durante la formación del espíritu, la idea de cooperación internacional que es base para el triunfo definitivo del Derecho de gentes.

Ginebra, junio 1924.

*Texto de la circular que el Sr. Henry de Jouvenel, Ministro de Instrucción Pública de Francia, ha dirigido recientemente a los rectores de las Universidades de su país.*

Si la Sociedad de las Naciones, en su forma actual, aun no aporta a los pueblos la seguridad de la paz, es innegable que, al menos, les ofrece el medio único de conseguirla.

Aun debemos conquistar para ella la adhesión de los espíritus. La equidad sólo puede establecerse a condición de creer en ella.

Los que instruyen a la juventud pueden hacer mucho por el triunfo o el fracaso de esta causa del Derecho de Gentes. Estoy convencido de que la Universidad de Francia deseará ejercer su alta influencia en favor de la obra de cooperación internacional, aprovechando cuantas ocasiones se le presenten para poner de manifiesto el perfecto acuerdo existente entre los principios que defiende la Sociedad de las Naciones y la tradición de la política francesa.

Veré, pues, con gusto se recomiende a los maestros de las diferentes clases de enseñanza que insistan, no solamente respecto al sentido de la institución, sino también sobre la historia de la idea desde que ésta hizo su aparición en los «magníficos proyectos» del rey Enrique IV, de quien nos dice Sully que quiso crear «una situación de continuidad pacífica entre todos los príncipes y potentados de la cristianidad europea... renunciar a todas sus pretensiones, aun a las más legítimas, y no arrogarse ninguna autoridad sobre sus asociados, a menos que éstos, por mayoría de votos, se la otorguen».

Será oportuno recordar que Fenelón, en sus *Avisos para la conciencia de un rey*, escribe: «Los Estados vecinos no solamente vienen obligados a tratarse mutuamente según los dictados de la justicia y de la buena fe, sino que deben también, tanto por su seguridad particular como por el común interés, constituir entre sí una especie de Sociedad y de República

general»; y que Montesquieu declara: «Las cosas están de tal modo en Europa que todos los Estados dependen los unos de los otros. Francia necesita de la opulencia de Polonia y de Moscovia, como la Guayana tiene necesidad de Bretaña, y Bretaña de Anjou».

Trátese del proyecto de paz perpetua del abad de Saint-Pierre y de las páginas que le consagra Juan Jacobo Rousseau, o del *Cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, trazado por Condorcet y en que este autor augura: «Los pueblos aprenderán que no pueden ser conquistadores sin perder su libertad: que las confederaciones permanentes constituyen el único medio para mantener su independencia»; encontramos, mucho antes de la Revolución, casi en cada momento de nuestra historia, formulada por príncipes, prelados o filósofos, la esperanza en una organización internacional que garantice a todos los pueblos su independencia y seguridad.

Confío, por lo tanto, en que todo el personal docente de nuestro país habrá de juzgar natural y conveniente el recordar a la juventud que Francia no puede consentir que se le arrebatase el honor de haber sido la primera nación que ha vislumbrado la posibilidad de un régimen en que, con los derechos del hombre, se garanticen también los derechos de las naciones; y reservar así al ideal, cuya expresión todavía imperfecta es la Sociedad de las Naciones, el puesto preferente que merece en nuestra enseñanza filosófica e histórica.



DESDE pequeño oía hablar del Dr. Michaud y de las clases de Física y Química que él daba. Le conocí, ya viejo, en la Escuela de Farmacia y más tarde fui su discípulo. Era un sabio de veras: con una gentileza que gustaba, respondía a las preguntas que se le hacían y satisfacía oír sus explicaciones fáciles. Limpidez en el manejo de los aparatos y precisión en el uso de los reactivos. Nunca tuvo una frase dura para sus discípulos, pues se lo vedaba la índole de su carácter y la exquisita educación, en él natural. Había dulzura en cada una de sus explicaciones, que encantaban.

Nos contaban de él una anécdota: tenía siempre listos los utensilios y reactivos necesarios para dar lección. Una vez, y a fin de que los estudiantes observaran la manera como se disponían los aparatos para obtener algún producto o una reacción especial, se dió a la tarea de arreglar, frente a ellos, los materiales necesarios; en eso ocupó la hora completa. A final, sin poder verificar su experimento y como sonaba ya el timbre que anunciaba el cambio de hora, con una serenidad admirable, se limitó a decir en el acento francés que daba a sus palabras: *No funciona*.

En los altos de la tienda «La Norma» estaba instalada la Escuela de Farmacia. En los primeros días de abril de 1919 un incendio destruyó el edificio y dejó sin abrigo a los estudiantes, y lo que es más doloroso todavía, sin aparatos ni sustancias químicas para las lecciones y exhausto el tesoro de aquella Escuela, que siempre ha atravesado situaciones difíciles. El Dr., con su amabilidad habitual y a la primera insinuación de sus discípulos, los acogió con benevolencia en el local ocupado por los laboratorios de la Aduana, en los últimos años bajo su experta dirección. Muy de mañana llegaba a atender sus obligaciones, metido en el silencio del que sabe hacer las cosas y no para que se den cuenta de que las sabe hacer. El mismo, pues era poco amigo de hacerse servir, alistaba los materiales y hasta ordenaba los bancos en que debían sentarse los alumnos. ¡Clases tan amenas!, que el tiempo discurría y sólo quedaba el pesar de que aquella hora de sumo regocijo espiritual se fuera así, tan presto.

Derivó el país la ventaja de que la luz de aquel fanal se difundiera por todas partes y por muchos años, pues sus clases se escucharon en casi todos los establecimientos secundarios de la República; en ellos se hacía necesaria la cooperación eficaz de aquel profesor de Ciencias Físico-químicas. Pero sus actividades iban más allá: el tiempo que le dejaban disponible sus labores diarias lo dedicaba a investigaciones científicas y testimonio de ello son los múltiples artículos que vieron la luz en revistas científicas norte-americanas y europeas. Tenía su estilo una ventaja: era instructivo. Hemos